

los planos del suelo, del subsuelo y del cielo de París, en los que unas crucecitas rojas marcaban los lugares donde simultáneamente debían colocarse bombas en las bodegas y sótanos, arrojarse en la vía pública o lanzarse desde una flotilla de aeroplanos. Todos los establecimientos de crédito, y en particular el Banco Everdingen y sus sucursales, hallábanse marcados con crucecitas rojas.

El barón se encogió de hombros:

—¡Vaya! Me convenzo de que sois unos miserables vagabundos, acosados por todas las policías nacionales e internacionales. Sin dinero, ¿cómo es posible que fabricéis tantísimos artefactos?

Por toda respuesta, el príncipe Istar sacó del bolsillo un cilindro de cobre y lo presentó delicadamente al barón Everdingen.

—Mira este juguetito. Me bastaría dejarlo caer en el suelo para reducir inmediatamente a un montón de humeantes cenizas tu magnífica residencia y promover un incendio que devorase todo el barrio del Trocadero. Tengo diez mil como éste, y fabrico tres docenas diarias.

El banquero suplicó al querube que retirase de su vista el peligroso mecanismo, y dijo en tono conciliador:

—Amigos míos: inmediatamente podréis intentar la revolución en el Cielo si dejáis aquí las cosas como están. Voy a extender un cheque a vuestro nombre que os permita adquirir todo el material necesario para emprender la conquista de la Jerusalem celeste.

Y al decir esto, el barón Everdingen imaginaba ya un magnífico negocio de electróforos y de bastimentos de guerra.

CAPÍTULO XVIII

Donde principia el relato del jardinero que descubre los destinos de la sociedad en un discurso de tendencias tan magníficas y elevadas, como las del «Discurso acerca de la Historia Universal» escrito por Boussuet son deprimentes y mezquinas.

Arcadio y Zita descansaban al abrigo de un cenador cubierto de enredaderas adonde les condujo el viejo, en el fondo del jardín.

—Arcadio—dijo el arcángel revestido con femenina hermosura—: es posible que Nectario te revele ahora lo que tanto ansías conocer. Suplécate que hable.

Ante la insistencia de Arcadio el buen jardinero dejó su pipa y les habló de esta manera:

—Yo le conocí; era el más hermoso entre los Serafines; distinguíase por su inteligencia y su audacia; en su magnánimo corazón florecían todas las virtudes que nacen del orgullo: la franqueza, el valor, la tenacidad ante las dificultades, la confianza en sí mismo. En aquellos tiempos que precedieron a los tiempos, en el cielo boreal donde brillan las siete estrellas magnéticas habitaba un palacio de diamante y de oro, sin cesar estremecido por cantos de gloria y rumores de alas. Sobre su montaña, Iahaveh sentíase celoso de Lucifer.

«Lo sabéis por experiencia: los ángeles alientan, como los hombres, el odio y el amor; son capaces de resoluciones generosas, pero se inclinan al interés y ceden al miedo.

»Entonces como ahora, la muchedumbre celestial no concebía elevados pensamientos y el miedo al Señor era el principio de toda su virtud. Despreciador de las ruindades, Lucifer miraba con desdén a la turba de espíritus serviles engolfados en los juegos y en las fiestas; pero entre los que mostraban un aliento audaz, un alma inquieta, un inflamado amor de libertad, repartía su afecto amistoso que le pagaban con verdaderas adoraciones. Los ángeles desertaban en tropel del Monte del Señor, se consagraban al Serafín y le rendían homenajes en que El Otro pretendía ser único.

»Yo pertenecía al coro de las Dominaciones y mi nombre de Alaciél no era de los menos gloriosos. Para satisfacer mis ansias atormentadoras de conocimiento y de comprensión observaba la naturaleza de las cosas, estudiaba las propiedades de las piedras, del aire, de las aguas, y descubría las leyes que rigen la materia, densa o sutil; después de largas meditaciones comprendí que no se había formado el universo como asegura quien se dice su creador, me cercioré de que todo lo existente sólo existe por sí mismo y no por la voluntad de Iahaveh, de que el Mundo se ha creado por sí solo y de que la Inteligencia es su propio Dios. Desde entonces desprecié a Iahaveh por sus imposturas y le odié por mostrarse contrario a todo lo que me parecía deseable y bueno: la libertad, la curiosidad, la duda. Estos sentimientos me acercaron a Lucifer; le admiré, le amé, viví en su claridad; y cuando era ya imprescindible declararse partidario del uno o del otro, me alisté entre los de Lucifer, tanto por la ambición de servirle como por el ansia de compartir su suerte.

»Ante la inminencia del choque lo dispuso todo con extremadas precauciones y se valió de cuantos recursos

tiene a su alcance un genio calculador. Transformó a los Tronos y a las Dominaciones en Chalybes y en Cíclopes; extrajo de las montañas que limitaban su imperio el hierro, para él preferible al oro, y forjó armas en las cavernas del Cielo. Después reunió en las desiertas llanuras del septentrión miríadas de Espíritus, los armó, los instruyó, los adiestró. Aun cuando la preparaba sigilosamente, su magna empresa no debió pasar inadvertida a los ojos del adversario; puede asegurarse que siempre la tuvo prevista y siempre le hizo temer, por lo cual había convertido su mansión en una ciudadela, formaba con sus ángeles una verdadera milicia y se hacía llamar el Dios de los Ejércitos. Aprestó sus rayos. Más de la mitad de los hijos del Cielo servíanle dócilmente; vió apiñarse en torno suyo multitud de almas fieles y de corazones pacíficos. El arcángel Miguel, que desconocía el miedo, se encargó de guiar aquellas muchedumbres dóciles.

»Cuando Lucifer se convenció de que su ejército no sería ya más numeroso ni más aguerrido, lo encaminó precipitadamente contra el adversario y prometió a sus ángeles la riqueza y la gloria. Avanzaba delante de todos hacia el Monte sobre cuya cima se asienta el trono del Universo. Abrasamos con nuestro vuelo las llanuras etéreas; sobre nosotros ondeaban los negros estandartes de la rebelión. Ya el Monte del Señor aparecía sonrosado sobre el cielo oriental, y nuestro jefe medía con los ojos aquellos magníficos baluartes. Bajo los muros de zafiro se alineaban las tropas enemigas resplandecientes de oro y de piedras preciosas, mientras nosotros avanzábamos cubiertos de bronce y de hierro; sus banderas rojas y azules flameaban, y surgían los relámpagos de las puntas de sus lanzas. Pronto separó

solamente a los dos ejércitos un reducido espacio, un intervalo firme y solitario ante el cual temblaron los más valientes, seguros de que allí, en sangrienta lucha, se realizarían los destinos.

»Ya sabéis que los ángeles no mueren, pero cuando el bronce, el hierro, la punta del diamante o la espada flamígera desgarran su cuerpo sutil, sienten un dolor más cruel que los dolores humanos, porque su carne es más delicada, y si algún órgano esencial es destruido caen inertes, se descomponen poco a poco, y convertidos en nebulosa flotan insensibles, dispersos durante luengas edades en el éter frío, y cuando al fin recobran el espíritu y la forma nunca guardan completamente la memoria de su vida pasada; por cuya razón los ángeles se resisten a sufrir y los más esforzados se turban ante la idea de perder la luz y el dulce recuerdo. A no ser así, la raza angélica desconocería la belleza de la lucha y la gloria del sacrificio. Los que combatieron en el Empíreo, antes de que los tiempos empezaran a contarse, contra el Dios de los Ejércitos o sumisos a Él, habríanse reducido a figurar sin honor en simulacros inútiles, y ahora, hijos míos, yo no podría enorgullecerme al decir: «¡Allí estuve también!»

»Lucifer dió la señal de ataque y se lanzó a la lucha. Caímos sobre el enemigo con la esperanza de vencerle y entrar desde el primer asalto en la ciudadela sagrada. Los soldados del Dios celoso, menos enardecidos pero no menos firmes que los nuestros, permanecían inalterables; el arcángel Miguel les daba órdenes con la serenidad y la entereza de un valeroso corazón. Tres veces intentamos romper sus filas y tres veces opusieron a nuestros pechos de hierro las puntas inflamadas de sus lanzas, dispuestas a taladrar nuestras fuertes armaduras.

Los cuerpos gloriosos caían a millones. Por fin nuestra ala derecha rompió el ala izquierda del ejército enemigo, y vimos las espaldas de los Principados, de las Potencias, de las Virtudes, de las Dominaciones, de los Tronos, que al huir se flagelaban con los talones, mientras los ángeles del tercer coro volaban enloquecidos sobre ellos y los cubrían con nieve de plumas y lluvia de sangre. Deslizándonos en su persecución entre restos de carros y montones de armas precipitamos su veloz huida... Pronto hirió nuestros oídos una tempestad ruidosa; las voces aumentaron; se mezclaban los alaridos desesperados con los clamores triunfales; la derecha del enemigo, los gigantescos arcángeles del Altísimo lanzados contra nuestro flanco izquierdo, lo deshacían. Tuvimos que abandonar a los fugitivos para acudir al socorro de nuestras tropas dispersas. Nuestro príncipe, logró reanimarnos; pero el ala izquierda del enemigo cuya destrucción no consumamos, libre ya del acoso recobró su energía, volvió a la lucha y nos atacó de nuevo.

»La noche interrumpió la batalla cruenta. Cuando protegido por la obscuridad, en un ambiente apacible, sólo turbado por los lamentos de los heridos, el ejército descansaba, Lucifer se aprestó para la segunda embestida. Los clarines tocaron diana antes del amanecer. Nuestros guerreros sorprendieron al enemigo en oración, lo dispersaron y lo destrozaron. Mientras huían casi todos los que no cayeron, el arcángel Miguel solo con algunos compañeros resistía el choque de un ejército innumerable. Retrocedían poco a poco sin dejar de presentarnos el pecho, y Miguel conservaba su rostro impassible. Llegaba el sol al tercio de su carrera cuando empezamos a escalar el Monte del Señor. ¡Ardua empresa! El sudor surcaba los rostros; una intensa luz

nos cegaba, nuestras alas de pluma eran impotentes para soportar las armaduras de hierro; pero la esperanza nos dió nuevas alas. El bello Serafín, con su mano refulgente cada vez más alta nos indicaba el camino. Durante todo el día escalamos el monte augusto que al atardecer se revistió de azul, de rosa y de ópalo. El ejército de estrellas que pobló el firmamento parecía reflejar nuestras armas. Cerníase un silencio infinito sobre nuestras cabezas, y avanzábamos ebrios de entusiasmo. De repente brillaron relámpagos en la oscuridad del cielo, rugió la tormenta, y en la cúspide del monte nebuloso surgió el rayo; corrieron las llamas sobre nuestros cascos y nuestras corazas; rompiéronse nuestros escudos al choque de piedras lanzadas por manos invisibles. Envuelto en el huracán de fuego, Lucifer conservaba su arrogancia. La tormenta redoblaba su furia y le azotaba; pero nuestro príncipe altivo y en pie, desafiaba al enemigo. Por fin el rayo desgajó la montaña y nos precipitó revueltos con enormes trozos de zafiro y de rubí... Rodamos inertes, desvanecidos, durante un tiempo que nadie ha logrado calcular.

»Me despertaron los quejidos entre tinieblas, y cuando acostumbré mis ojos a la densa oscuridad, vi en torno mío a mis compañeros de armas derribados a millares sobre el suelo sulfuroso donde flotaban lívidos resplandores. Mis ojos descubrían sulfataras, cráteres humeantes, pantanos mortíferos; montañas de hielo y mares tenebrosos cerraban el horizonte; un cielo broncíneo pesaba sobre nuestras frentes, y era tanta la desolación de aquellos lugares que sentimos deseos de llorar, con los codos apoyados en las rodillas y los puños en la cara.

»Entonces vi al Serafín erguido en mi presencia,

como una torre. El sufrimiento encubría su esplendor pasado como una triste y soberana vestidura.

»—Compañeros—nos dijo—, felicitémonos y regocijémonos, puesto que al fin rompimos las cadenas de la esclavitud celestial. Aquí somos libres, y vale más reinar en los infiernos que ser esclavos en el Cielo. No somos vencidos mientras conservamos la voluntad de vencer. Hicimos vacilar el trono del Dios celoso, y algún día lo aniquilaremos. Animo, compañeros; ¡jalzaos!

»Obedientes a su voz, fortalecidos, amontonamos las montañas y coronamos las alturas con máquinas que lanzaban rocas encendidas sobre las moradas celestes. La turba angélica se aterró, y en la mansión gloriosa oyéronse gemidos y lamentos. Creíamos ya entrar como vencedores en la patria perdida; pero el Monte del Señor coronóse de resplandores, y el rayo redujo a cenizas nuestra fortaleza.

»Después de aquel nuevo desastre, permaneció algún tiempo el Serafín pensativo y con la cabeza entre las manos. Cuando nos mostró su rostro estaba ennegrecido. Ya era Satán, más poderoso que Lucifer, y sus fieles nos agrupábamos en torno suyo.

»—Compañeros—nos dijo—, no vencemos porque no somos dignos ni capaces de vencer. Sepamos lo que nos falta. Sólo se domina la Naturaleza, sólo se consigue el imperio del Universo y sólo se llega a ser Dios, por la sabiduría. Necesitamos conquistar el rayo; a este logro debemos aplicar todas nuestras fuerzas, porque nunca nos librárá de las piedras divinas el arrojado ciego sino el estudio reflexivo. En esta silenciosa mansión a que se nos redujo, meditemos, investiguemos las causas ocultas de las cosas; observemos la Naturaleza, persigá-

mosla con ansia vehemente y con deseo de conquistarla, esforcémonos para comprender su grandeza infinita y su infinita pequeñez, sepamos cuándo es fecunda y cuándo estéril, cómo produce el calor y el frío, la alegría y el dolor, la vida y la muerte, cómo reúne y divide sus elementos, cómo forma el aire sutil que respiramos, las rocas de diamante y de zafiro desde donde fuimos lanzados, el fuego divino que nos ennegreció y las ideas altivas que nos exaltan. Desgarrados por enormes heridas, abrasados por las llamas y los hielos, demos gracias al Destino que nos abre los ojos, alegrémonos de nuestra fortuna. El dolor es la prueba elemental a que la Naturaleza nos somete impulsándonos a conocerla y a domarla. Cuando nos obedezca seremos dioses; pero aun cuando nos oculte para siempre sus misterios, nos niegue armas y mantenga el secreto del rayo, debemos felicitarnos de conocer el dolor. El dolor nos revela sentimientos nuevos más preciosos y dulces que los disfrutados en la beatitud eterna, porque nos inspira el amor y la piedad desconocidos en el Cielo.

»Estas palabras del Serafín alentaron nuestros corazones y nos hicieron vislumbrar remotas esperanzas. Un insaciable deseo de saber y de amar invadió nuestros pechos.

»Entre tanto nació la Tierra; su orbe inmenso y nebuloso se condensaba y endurecía de hora en hora; las aguas que alimentaban algas, madréporas y mariscos, y que sostenían las ligeras flotas de los nautilus, no la recubrían ya por completo. Reunidas en sus lechos profundos dejaban al descubierto los continentes, donde sobre la tibieza del cieno se arrastraban monstruos anfibios. Luego las montañas se cubrieron de árboles, y diversas razas de animales empezaron a pastar la yer-

ba, el musgo, las bayas de los arbustos y las bellotas de las encinas.

»Al cabo, se apoderó de las cavernas y de los cobijos de las rocas el que supo con una piedra afilada herir de muerte a las bestias selváticas y vencer con astucias a los primitivos habitantes de los bosques, de las llanuras y de las montañas. El Hombre comenzó penosamente su reinado. Débil y desnudo, su pelo apenas preservaba del frío su carne; remataban los dedos de sus manos uñas muy débiles para luchar con las garras de las fieras, pero la disposición de sus pulgares, que se replegan sobre los demás dedos, le permitía sujetar objetos de muy varias formas y le aseguraba la destreza para suplir su falta de vigor. Sin diferenciarse esencialmente del resto de los animales, era más apto que todos para observar y comparar. Arrancó a su garganta modulaciones distintas y refirió a una inflexión de voz especial cada uno de los objetos que se ofrecían a su inteligencia; esta serie de sonidos diversos le ayudó a fijar y a comunicar sus ideas. Su miserable destino y su carácter ansioso le valieron la simpatía de los ángeles caídos que observaban la naciente audacia y la soberbia del Hombre como un reflejo de su propia rebeldía, causa de sus tormentos y de su gloria. En gran número descendieron sobre la Tierra con el auxilio de sus alas, y rodearon al Hombre para fortalecer sus aptitudes y aguijonear su inteligencia. Le enseñaron a librarse del frío con pieles de varios animales, y a rodar pedruscos hasta la entrada de sus cavernas para impedir el asalto de los tigres y de los osos; le adiestraron en el manejo de un palo sobre la hojarasca reseca para producir la llama por un roce violento, y en la conservación del fuego sagrado sobre la piedra del hogar. Inducido por los de-

monios industriosos, atrevióse a surcar los ríos en troncos de árboles hendidos y vaciados; inventó la rueda, la muela, el arado que abrió en la tierra el surco fecundo; y el grano ofreció a los que lo molían un alimento divino. Amasó arcilla para formar vasos y sacó del pederal diversas herramientas. Así consolábamos e instruíamos a los humanos, pero no siempre con aspectos visibles. En la obscuridad solamente y en las revueltas de los senderos, nos mostrábamos bajo formas chocantes y extrañas, algunas veces augustas y encantadoras, y tomábamos a capricho la expresión de un monstruo de los bosques o de las aguas, de un viejo venerable, de un hermoso niño o de una mujer de redondas caderas. Muchas veces les hacíamos burla en nuestras canciones o poníamos a prueba su inteligencia con graciosas chanzas. No faltaban entre los ángeles caídos algunos de carácter malicioso, que se divertían molestando a las mujeres y a los niños, pero siempre nos hallábamos dispuestos a socorrer y servir al hombre como a un hermano inferior.

»Nuestro apoyo les condujo a ensanchar su inteligencia hasta el error y a concebir falsas relaciones entre las cosas. Seguros de que mágicas influencias ligaban a la imagen la realidad, cubrían las paredes de sus antros con figuras de animales, y grababan en el marfil simulacros de renos y de mammutos para asegurarse la presa. Transcurrieron los siglos con lentitud infinita sobre las primeras industrias humanas. Les enviamos en sueños ideas felices, les insinuamos que domasen los caballos, castrasen los toros y enseñasen a los perros a guardar las ovejas. Crearon la familia y la tribu. Cuando los cazadores feroces asaltaron una de las tribus, los jóvenes formaron con las carretas un recinto, y para defender a

las mujeres, a los niños, a los viejos, los bueyes y los tesoros, arrojaban desde lo alto piedras mortíferas contra sus agresores. Así principió la primera ciudad. Miserable de nacimiento y condenado a la sangrienta lucha por la ley de Iahaveh, el Hombre templaba su corazón en los combates y debía sus más nobles virtudes a la guerra. Arraigó, con el sacrificio de su vida, la idea de la patria que—si el Hombre realiza por completo sus destinos—por fin arraigará la paz en toda la Tierra. Uno de nosotros, Dédalo, le facilitó el hacha, el nivel y la vela. Paso a paso conseguimos que la existencia de los mortales fuera menos dura y menos difícil. En las orillas de los lagos construyeron chozas de cañizo donde disfrutaron una quietud tranquila, ignorada por los demás habitantes de la Tierra; y cuando ya no les hostigaba el hambre fieramente, porque tenían recursos para apaciguarla sin esfuerzo, les infundimos el amor a la belleza.

Alzaron pirámides, obeliscos, torres, estatuas colosales que sonreían rígidas y feroces, y símbolos genésicos. Habían aprendido a conocernos, o por lo menos a adivinarnos, y les inspirábamos temor y amistad. Los más inteligentes recelaban de nosotros con santo horror y meditaban nuestras enseñanzas. Los pueblos de la Grecia y del Asia, para mostrarse agradecidos, nos consagraban piedras, árboles, bosques umbríos, nos ofrecían víctimas y nos cantaban himnos; llegaron a suponerse dioses y nos llamaron Horus, Isis, Astarté, Zeus, Palas, Cibele, Demeter y Triptolemo. Adoraban a Satán bajo los nombres de Dionysos, Evan, Iachos y Lené, y Satán se les aparecía con toda la fuerza y toda la belleza que pueden concebir los humanos: tenían sus ojos la dulzura de las violetas de los bosques, sobre sus labios brillaba el rubí de las granadas maduras, un vello

más fino que la pelusilla aterciopelada de los melocotones cubría su rostro; su rubia cabellera trenzada, enroscada sobre su cabeza como una voluptuosa diadema, coronábase de hiedra; fascinaba a las bestias hurañas, y al penetrar en las selvas profundas le seguían todos los espíritus montaraces, todos los que trepan a los árboles y asoman entre las ramas las pupilas de sus ojos feroces, todos los seres temerosos o violentos, alimentados con bayas amargas, bajo cuyo pecho peludo late un corazón bárbaro. Los hombres primitivos de la selva, sobre los que derramaba sus ternuras y sus dones, le contemplaban ebrios de gozo y de belleza. Plantó la viña e instruyó a los mortales para que pisaran la uva y exprimieran el vino. Pródigamente generoso, recorría el mundo seguido por un largo cortejo. Para acompañarle tomó la forma de un caprípedo; asomaron a mi frente dos cuernos; tuve la nariz achatada y las orejas puntiagudas; dos bellotas pendían de mi cuello, como del de las cabras; una cola inquieta sacudía mis costados, y remataban mis patas peludas unas pezuñas negras y hendidas que golpeaban el suelo cadenciosamente.

»Dionysos proseguía su marcha triunfal a través del mundo. Cruzamos la Lydia, los campos fríos, las ardorosas llanuras de la Persia, la Media erizada de hielos, la feliz Arabia y el Asia poderosa, cuyo mar arrulla las ciudades florecientes. Avanzaba sobre un carro, al que iban uncidos leones y linceos, al son de las flautas, de los címbalos y de los tambores inventados para sus misterios. Las Bacantes, las Tiadas y las Ménades, envueltas las cinturas en la nébrida tachonada, agitaban los tirsoes adornados con hiedra. Seguíanle los Sátiros, en alegre tropa que yo conducía, los Silenos, los Panes, los Centauros. A su paso nacían las flores y los frutos,

y al golpear con su tirso las rocas brotaban lípidos manantiales.

»Visitaba la Grecia en tiempo de vendimia y los aldeanos le salían al encuentro, embadurnados con los zumos verdes o rojos de las plantas, con el rostro cubierto por caretas de madera, de corteza o de hojas, empuñando una copa de barro y al compás de lascivas danzas. Sus mujeres imitaban a las compañeras del dios, ceñían su cabeza con verdes esmiláceas y envolvían su flexible cintura con pieles de cervatillos y de corderos; las vírgenes adornaban su cuello con guirnaldas de higos, amasaban pasteles de harina y conducían el Falo en la cesta mística; y los vendimiadores pringados con las heces, de pie sobre sus carros, al dirigir a los caminantes burlas y denuestos inventaban la tragedia.

»No logró Dionysos cultivar las plantas y obtener sabrosos frutos adormecido a la orilla de una fuente, sino en penosa y constante labor; y mientras meditaba la manera de convertir a los incultos habitantes de los bosques en una raza lírica sujeta a leyes justas, más de una vez, sobre su frente ardorosa y entusiasta cruzaron la melancolía y el tenebroso delirio. Pero su profundo saber y el afecto que le inspiraban los hombres bastaron para que venciera todos los obstáculos. ¡Oh días divinos! ¡Oh espléndidas auroras de la vida! Conducíamos las Bacantes a las cumbres frondosas de las montañas y a las doradas orillas del mar; las Náyades y las Oreadas tomaban parte en nuestros juegos; al sentirnos cerca, Afrodita se alzaba sobre la espuma de las olas para sonreirnos.»

CAPÍTULO XIX

Donde continúa el relato del jardinero.

«Cuando los hombres aprendieron a cultivar la tierra a conducir los rebaños, a proteger con murallas las santas ciudadelas y a comprender la grandeza de sus dioses, me retiré a este lugar apacible rodeado de bosques umbríos, y que se fertiliza con las aguas del Stinfalo, el Olbíos, el Erimante y el orgulloso Cratis engrosado por los deshielos del Styx; y en el fresco valle, al pie de una colina cubierta de madroñeras, de olivos y de pinos, a la sombra de un grupo de plátanos y de chopos, al margen de un arroyo que se desliza entre frondosos lentiscos, les cantaba yo a los pastores y a las ninfas el nacimiento del Mundo, el origen del Fuego, del Aire sutil, del Agua y de la Tierra; les refería cuán triste fué la suerte de los primeros hombres que vivieron miserables y desnudos en la selva, antes de que los ingeniosos demonios les hubieran enseñado las artes; les explicaba las danzas ofrecidas al Dios, y de qué modo supusieron a Semele madre de Dionysos, porque su inteligencia bienhechora despertó con el rayo.

»Los afortunados griegos, a pesar de ser favorecidos con preferencia por los demonios, tuvieron que esforzarse mucho para organizar su población y conocer las artes; su primer templo fué una choza construída con ramas de laurel, su primera representación de los dioses fué un árbol, su primer altar una piedra tosca teñida con

la sangre de Efigenia. Pronto elevaron la sabiduría y la belleza hasta un punto que ningún pueblo alcanzó antes y que nadie ha superado después. ¿Sabes, Arcadio, de dónde proviene este prodigio único en la tierra? ¿Por qué causa el suelo sagrado de la Jonia y del Atica produjeron esa flor incomparable? Porque allí no hubo sacerdocio, ni dogma, ni revelación, y porque los griegos desconocían al Dios celoso. El heleno no tuvo más dioses que su genio y su natural belleza, y cuando alzaba sus ojos al cielo sólo veía en él reflejada su propia imagen. Concibiólo todo a su medida y dió a sus templos proporciones perfectas, con gracia, con armonía, con sobriedad, con acierto; aquellas obras dignas de los inmortales a quienes se consagraron y que bajo nombres oportunos, bajo formas precisas, representaban el genio del hombre. Las columnas que sostenían la carrera de mármol, el friso y la cornisa, eran venerables por su aspecto casi humano; y no era raro ver, como en Atenas y en Delfos, juveniles figuras femeninas, robustas y sonrientes, sosteniendo la cornisa de los tesoros y de los santuarios. ¡Oh, esplendor, armonía, sapiencia!

»Dionysos resolvió ir a Italia, donde gentes ansiosas de celebrar sus misterios le designaban con el nombre de Baco. El navío que nos conducía, engalanado con pámpanos, abordó bajo las miradas de los dos hermanos de Elena en la embocadura del amarillo Tíber. Los habitantes del Lacio, adiestrados por el Dios, sabían ya emparar las viñas. Complacíome habitar, al amparo de los montes Sabinos, un valle revestido de verdura y regado por claras fuentes. Yo cosechaba en los prados verbena y malva; los grisáceos olivares que retorcián en la vertiente sus troncos desgajados, me ofrecieron sus frutos oleosos; me dediqué a instruir a los hombres de tosca in-

teligencia, que no eran, como los griegos, de ingenio sutil, pero que tenían entereza de corazón, espíritu paciente, y veneraban a los dioses. Mi vecino, soldado rudo, que encorvado por el peso de su equipo durante quince años había seguido al águila romana a través de montes y mares y vió huir a los enemigos del pueblo rey, empuñaba la esteva del arado conducido por dos bueyes rojos que lucían sobre su testuz, entre los cuernos gachos, una estrella blanca. Guarecida en la cabaña, su esposa, casta y seria, machacaba los ajos en un almirez de bronce y asaba las habas sobre la piedra sagrada del hogar, mientras yo, su amigo, sentado a corta distancia y a la sombra de una encina, amenizaba sus trabajos con los sones de mi flauta, y sonreía a sus hijos cuando al declinar el sol, que alargaba las sombras, regresaban del bosque cargados con haces de ramas. A la entrada del huerto, donde maduraban las peras y las calabazas y florecían las azucenas y el acanto siempre verde, un Priapo esculpido en un tronco de higuera amenazaba a los ladrones con su miembro formidable, y las cañas que mecía el viento sobre su cabeza eran el espanto de los pajarillos merodeadores. Al aparecer la luna nueva, el piadoso colono ofrecía a sus Lares, coronados de mirto y de romero, un puñado de sal y de cebada.

»Vi crecer a sus hijos y a los hijos de sus hijos; conservaban en su corazón la piedad primitiva; nunca dejaban de ofrecer sacrificios a Baco, a Diana, a Venus, ni de esparcir flores y derramar vino puro en las fuentes. Pero poco a poco perdieron la paciencia y la sencillez antiguas. Les oía lamentarse cuando el torrente desbordado por abundantes lluvias, les obligaba a construir un dique para defender sus campos; el vino áspero de la Sabina ya no era grato a su paladar, iban a la

taberna próxima para beber vinos griegos; y sentados bajo la parra veían, perezosamente, durante largas horas, cómo la danzarina meneaba sus caderas al compás de los crótalos o al son de la flauta. Los campesinos descansaban a la sombra de los árboles, arrullados por los murmullos de las hojas y de los arroyuelos. Entre los álamos se veían, junto a la vía sagrada, majestuosas tumbas, estatuas, altares; y el rechinar de los carros era cada vez más frecuente sobre las desgastadas losas. Un veterano, portador de un cerezo, nos dió a conocer las conquistas lejanas de un cónsul; y las odas cantadas al son de la lira nos revelaron las victorias de Roma, dueña del mundo.

»Todas las comarcas que Dionysos había recorrido trocando en hombres las bestias salvajes y haciendo madurar las frutas y las mieses al paso de sus Menades, compartían la paz romana. El hijo de la Loba, soldado y labrador, bondadoso con los pueblos vencidos, trazaba sus vías y comunicaba el océano brumoso con las pendientes escarpadas del Cáucaso; en todas las ciudades alzábanse los templos de Augusto y de Roma, y era tanta la fe del universo en la justicia latina, que en los desfiladeros de Tesalia y en las selváticas orillas del Rhin, al sucumbir el esclavo en inicuo esfuerzo, exclamaba: «¡César!». Pero ¿qué ley fatal impone a este desgraciado globo de tierra y agua, que todo se marchite y perezca en él, y que lo más bello sea siempre lo más efímero? ¡Oh, hijas adorables de la Grecia! ¡Oh ciencia, oh Sabiduría, oh Belleza!, divinidades propicias: os adormecisteis en un sueño letárgico para sufrir los ultrajes de las hordas de bárbaros que ya en los pantanos del Norte y en las estepas desoladas, apercebidos a la invasión, adiestraban sus caballejos peludos.

»Amigo Arcadio: mientras el legionario pacífico acampaba en las orillas del Phase y del Tanais, las mujeres y los sacerdotes del Asia y del Africa monstruosa invadían la Ciudad Eterna y turbaban con sus prestigios a los descendientes de Remo. Hasta entonces el perseguidor de los demonios industrioses, Iahaveh, sólo era conocido en el mundo que supone haber creado por algunas miserables tribus de la Siria, feroces como él y arrastradas perpetuamente de una esclavitud a otra esclavitud. Escudado por la paz romana que aseguraba sobre la tierra la libertad del comercio y de los viajes y favorecía el cambio de los productos y de las ideas, ese Dios caduco preparó la conquista insolente del Universo. Y no era el único empeñado en tal empresa: una turba de dioses, de demiurgos, de demonios, como Tamous, Mitra, Isis, Euboulos, meditaban también la manera de apoderarse del mundo pacificado. Entre todos estos espíritus parecía Iahaveh el menos apto para conseguir la victoria. Su ignorancia, su crueldad, su orgullo, su desprecio a las leyes, su afán de ser invisible, debían afligir a los Helenos y Latinos, que recibieron enseñanzas de Dionysos y de las Musas. Incapaz de atraerse los corazones de los hombres libres y las inteligencias cultivadas, valióse de astucias. Para seducir a las almas, tejió una fábula menos ingeniosa que los mitos imaginados por nuestros antiguos discípulos, pero suficiente para turbar las inteligencias miserables de las muchedumbres. Proclamó que los hombres habían cometido un crimen contra él, un crimen hereditario, y estaban condenados en su vida presente y en su vida futura (pues los mortales imaginan que su existencia se prolonga en los infiernos), y el astuto Iahaveh afirmó que había enviado a su propio Hijo sobre la Tierra para

lavar con su sangre el pecado de los hombres. No es creíble que la pena borre la falta y mucho menos creíble aún que un inocente pueda rescatar a un culpable. Los padecimientos de un inocente nada compensan, y sólo sirven para acrecer el mal con otro mal. Sin embargo, no faltaron infelices que, adoradores de Iahaveh y de su Hijo Redentor, anunciaban sus misterios como la buena nueva. Debíamos prever semejante locura. Cuando esos humanos vivían pobres y desnudos, ¿no los vimos con frecuencia prosternarse a los fantasmas del miedo y preferir a las inspiraciones de los demonios propicios los mandatos de los demiurgos crueles? Iahaveh, que tendía su astucia como un lazo, se apoderó de las almas; pero no pudo alcanzar toda la gloria que se prometía. Su Hijo, y no El, recibió las adoraciones de los mortales y dió su nombre al culto nuevo. Iahaveh siguió casi desconocido sobre la Tierra.»

CAPÍTULO XX

El jardinero prosigue su relato.

«La nueva superstición extendióse primero en la Siria y en Africa; arraigó en los puertos de mar, donde rebulle un populacho inmundo, y al entrar en Italia, fué acogida por las cortesanas y las esclavas; pronto hizo rápidos progresos entre la plebe de las ciudades, pero durante mucho tiempo no pudo invadir los campos. Como en la antigüedad, los labriegos consagraban a Diana un